

# La voz de Francesc Cambó

Francesc Cambó fue uno de los personajes más polémicos y controvertidos de la política española de su tiempo. Provocó admiraciones y odios equitativamente repartidos e igualmente radicales. Para conocer al hombre existían hasta la fecha dos libros capitales: el gran reportaje biográfico de Josep Plá y el importante, admirable, libro de Jesús Pabón. Ahora aparecen en Alianza Editorial sus *Memorias*, escritas, y ya publicadas, en catalán. Como tantos hijos del Ampurdá, Cambó también era un *lletraferit* (un loco de la escritura). Es hora de situarlo en su verdadera dimensión histórica. Ante todo, él trató de dar solución a un problema que sigue irresuelto: el de las relaciones estructurales entre Cataluña y el

Gobierno central español, sea cual sea el régimen y el signo del Gobierno de Madrid. Además, junto con Prat de la Riba y las gentes de la Lliga, Francesc Cambó fue uno de los más significativos representantes de lo que, no sin menosprecio, llaman «burguesía catalana». Una burguesía que financió el *noucentisme* y una de las eclosiones económicas y culturales más fantásticas de la historia de España. Baste recordar que confiaron su política cultural a un tal Eugeni d'Ors, el gran *Xenius* de aquella época, el del *Glosari* y *La ben plantada*. CAMBIO16 publica aquí fragmentos del capítulo 18 de las *Memorias*, precisamente por su actualidad. Se titula: *La campaña por la autonomía*.

HEMEROTECA  
F. MERINO SANCHIS

**E**l día 15 de noviembre de 1918 me llamó Alfonso XIII y celebré con él una larga entrevista. ¡Esta sí que podría llamarla yo una entrevista histórica! El Rey, que, en el fondo, había sido siempre germanófilo, que experimentaba una ferviente adoración por el Emperador Guillermo y se sentía mucho más Habsburgo que Borbón, había quedado abatido con la terrible derrota de los Imperios Centrales.

En aquel momento, sin embargo, sus preocupaciones eran más inmediatas: giraban alrededor de la situación de España y de los peligros que podía correr su Corona y su dinastía. Le preocupaba la agitación que se había iniciado en algunos cuarteles, donde los soldados leían, a la luz de los faroles, cómo la revolución que se extendía por Europa se expresaba en la constitución de comités de obreros y soldados.

El Rey temía que un estallido revolucionario se produjera en cualquier momento y, para explicarme la gravedad de la situación, me dio a leer cuatro telegramas que había recibido aquella mañana.

Uno procedía de Bélgica; lo enviaba el marqués de Villalobar, ministro plenipotenciario de España y decano del Cuerpo Diplomático en Bruselas. En este telegrama, que se había procurado hacer pasar a través de las líneas alemanas, venía a decirse esto: «El ejército alemán está en plena derrota; los soldados persiguen a los oficiales, que tienen que escapar en automóvil, y, mezclados con la chusma de Bruselas, van por las calles borrachos y cantando. Reunido el Cuerpo Diplomático ha acordado



CAMBO. El político catalán, pintado por Zuolaga.

dirigir una comunicación al Consejo Interaliado para que adelante la fecha prevista para la ocupación de Bruselas, a fin de evitar que se inicien saqueos y asesinatos, que podrían alcanzar proporciones espantosas.»

El segundo telegrama era de Polo de Bernabé, embajador de España en Berlín. En él se decía que el Príncipe Max de Bade había dimitido y habían tomado el poder los socialistas, sin participación de ningún elemento burgués, y que amenazaba la revolución espartaquista.

El tercer telegrama era de Viena, no recuerdo ahora el nombre del embajador. En él se decía que la tropa insubordinada hacía causa común con obreros y presos liberados, y se temía que, de un momento a otro, se iniciara el saqueo de la ciudad. El Cuerpo Diplomático —añadía— pide al Consejo Interaliado que, con las tropas más próximas, se ocupe la capital de Austria.

El cuarto telegrama procedía de Berna y se mandaba desde Ginebra. En él, el representante diplomático español decía que toda la Suiza alemana estaba sublevada. Las fábricas hacían huelga y los ferrocarriles habían parado. Podía decirse que el Gobierno estaba asediado en Berna. De los Cantones de habla italiana y francesa salían por carretera tropas incontaminadas para liberar al Gobierno y restablecer el orden en el país.

«Estas noticias —dijo el Rey—, cuando sean conocidas, y lo serán dentro de uno o dos días, acentuarán la agitación que ya hay en los cuarteles y se extenderá a las fábricas. Yo temo que venga un estallido revolucionario

## Después de agitadas sesiones parlamentarias cae el Gobierno García-Prieto

Gobierno Romanones

El Gobierno dimitió y Romanones fue encargado de formar gobierno. Inmediatamente después de jurar yo conferenciaba con Romanones, el cual me expresaba su propósito de llegar rápidamente a una solución satisfactoria del problema catalán. Fueron aquellos días de intensa actuación en Madrid para conseguir ayudas y limar hostilidades. Tuve, sin embargo, noticia de que Santiago Alba, con toda su enorme capacidad de acción y de intriga, se había lanzado a una furiosa ofensiva, en la que le estimulaba el rencor a mi tanto o más que el rencor a Cataluña. Los efectos de su acción, para la cual encontró abundantes concursos, se dejaban sentir por todas partes: algunos diarios que hasta entonces eran favorables de que se aprovechara el momento en que se iba a una transformación del mundo para resolver el problema de Cataluña comenzaron a cambiar de tono. El 7 de diciembre, al llegar a Barcelona los parlamentarios y el Consejo de la Mancomunidad, se nos

hizo una acogida triunfal; dos días después, día 9, por las calles de Madrid estalló la manifestación anticatalanista organizada por el Círculo de la Unión Mercantil, gobernada por amigos de Santiago Alba. Se abrió el Parlamento para que Romanones pudiera explicar la crisis que le había llevado al poder. Se suscitó un debate en el cual no se trató más que del pleito catalán y de las reivindicaciones formuladas por Cataluña.

Niceto Alcalá Zamora, que años después tenía que defender y firmar el Estatuto de Cataluña, fue el encargado de combatir las aspiraciones más modestas que se formulaban entonces. El fue quien impugnó mi discurso en el que las defendía. Su discurso provocó gran emoción, artificiosa en unos, sincera y apasionada en otros. Yo he de reconocer que hizo un gran discurso, seguramente el mejor de su vida: después de impugnar toda mi argumentación me lanzó una estocada personal de gran efecto y que, en el fondo, expresaba una gran verdad. Dijo poco más o menos esto: «Tenéis que escoger entre ser el Bolívar de Cataluña o el Bismarck de España, pero es imposible que queráis ser las dos cosas al mismo tiempo.»

El discurso de Alcalá Zamora acentuó el ambiente pasional alrededor del problema catalán, haciendo más divergentes y contrapuestas las posibilidades en pugna de Cataluña y Castilla.

*Un error de Maura*

El día siguiente habló Antonio Maura. Tenía el propósito de buscar la concordia entre las dos posiciones. Por desgracia, como tantas veces me había ocurrido, la frase desvió el pensamiento y pronunció unas palabras que levantaron contra nosotros y contra Cataluña un formidable estallido de aplausos y de gritos de casi todos los diputados no catalanes: mauristas, conservadores datistas, liberales de toda guisa y algunos republica-

en Cataluña; que los obreros se unan a los soldados y se cree en la capital catalana una situación anárquica, prólogo de la anarquía en toda España. No veo otra manera de salvar situación tan difícil que satisfacer de un golpe las aspiraciones de Cataluña, para que los catalanes dejen de sentirse en este momento revolucionarios y mantengan su adhesión a la Monarquía. Esta mañana he hablado con el marqués de Comillas para que, de prisa y corriendo, prepare su palacio a fin de que la Reina y yo nos podamos hospedar en él, al objeto de evitar a los catalanes la mala impresión de tener que vernos alojados en la Capitanía General, institución para la que no han sentido nunca simpatía. Hay que dar la Autonomía a Cataluña inmediatamente.»

«Usted, con su actuación desde el Gobierno, ha deshecho todas las prevenciones y ha ganado la confianza y la simpatía de todos, empezando por la mía, tanto a su persona como a sus ideas. Es preciso que usted vaya a Barcelona en seguida para provocar un movimiento que distraiga a las masas de cualquier propósito revolucionario.» «¿Entendidos?», me dijo el Rey alargándome la mano y estrechándola con fuerza.

«¿Entendidos!», contesté yo. «Lo que es preciso —dijo el Rey— es que sobre lo que acabamos de convenir guardemos los dos el mayor secreto en tanto sea posible.» «Conforme», le contesté.

Yo no quiero echar sobre Alfonso XIII la responsabilidad de mi actuación en aquellos momentos.

A mí y a Ventosa nos corresponde por completo, y hasta diré que a mí, en mayor medida. Nuestra decisión estaba tomada cuando fui a Palacio. Por otra parte, yo sabía cómo podía fiarme de la palabra del Rey. Estoy convencido de que, al hablarme, decía lo que entonces pensaba y sentía... como en el momento en que mandó la carta y la rosa a Dato pocos días antes de darle la patada que le arrojó del Gobierno cuando la Asamblea de Parlamentarios.

La convicción de que, con la victoria aliada, los 14 puntos y la autodeterminación, era llegada la hora de Cataluña, era general: los unos, con resignación; los otros, con simpatía. Lo proclamaban en el Congreso diputados de todos los partidos. Y fuera del Congreso, la opinión, en las tertulias madrileñas, estaba plenamente de acuerdo.

Ventosa y yo, como ya lo teníamos previsto, salimos aquella misma noche hacia Barcelona. De lo que había hablado con el Rey le dije poco, sin precisar, para mantener la palabra que había dado.

Aquella mañana había hablado yo con la duquesa de Dúrcal, la cual me dijo que el día antes había cenado con el embajador inglés, Mr. Harding. Este le había dicho: «Esta es la hora de Cataluña. Ahora ha llegado el momento de que los ingleses borremos la mancha que en nuestra historia pusieron los ministros de la Reina Ana al traicionar a Cataluña. Diga a sus amigos catalanes que Inglaterra no consentirá ahora que se les atropelle si reclaman su autonomía: ellos han estado con los aliados durante toda la guerra, mientras en el resto de España la inmensa mayoría estaba con Alemania.»



ALFONSO XIII.

nos; guardaban silencio la mayoría de los republicanos y los socialistas. A los aplausos y gritos inarticulados se mezclaban los «¡Viva España!» lanzados como proyectiles de infamia. Naturalmente, los que ovacionaban, rodeando con mayor fervor a Maura, eran albistas, gasetistas y algunos liberales de García Prieto: los que se habían cruzado siempre en medio de su camino; los que habían organizado contra él la manifestación «de la moralidad»; los que ovacionaban a Juan Sol y Ortega cuando este mal hombre y mal catalán levantaba contra él la furia senil de los senadores acusándole de fomentar el separatismo en Cataluña; los que le habían echado del poder en 1909... Maura, pasmado, sin recordar muy bien lo que había dicho, contemplaba con alarma el estrago que había causado y quería repararlo: todo fue inútil.

Ya no había discusiones, ni razonamientos; ya se había llegado al punto que tantos deseaban: a la total ruptura entre los catalanes que pedían la autonomía y el Parlamento de España, que se levantaba erigido, formando un bloque casi compacto de todos los no catalanes para impedirlo. Para algunos se había conseguido algo que todavía deseaban más: ¡una incompatibilidad entre nosotros y Maura!

Al cabo de dos horas, el estrago que Maura había provocado en el Parlamento se extendía por Madrid y por toda España.

**Se forma una comisión extraparlamentaria con mayoría favorable al Estatuto y...**

*Despecho de las izquierdas*

Pablo Iglesias, Francisco Largo Caballero y Melquíades Álvarez (entonces, este último, en periodo de fren-

co izquierdismo) quedaron anonadados al ver aparecer una fórmula que podía llevar a una solución de concordia que les privara de seguir aprovechando el problema catalán para sus propósitos revolucionarios. Pero, no atreviéndose a ser ellos los que hicieran fracasar una solución tan favorable para Cataluña, se dirigieron a los republicanos catalanes diciéndoles que si entraban en la

Comisión desligaban a Cataluña de la causa de la República. A los republicanos catalanistas el argumento, tal vez, no les habría hecho impresión, pero a los Domingo, Layret, Companys y otros republicanos catalanes que nunca habían sido catalanistas, les convenció plenamente y éstos se impusieron al resto. He de declarar que Carner y Coromines proclamaron, desde el primer hasta el último momento, que consideraban un deber de lealtad hacia Cataluña aceptar un lugar en la Comisión desde la cual se le podía hacer el mayor servicio.

No pudiendo yo abandonar ni un momento Barcelona, requerí a los jefes de las izquierdas españolas que se tomaran la molestia de venir a verme: vino Luis Zulueta en nombre de Melquíades Álvarez, y Largo Caballero en nombre propio y de Pablo Iglesias.

Durante horas discutimos, ellos para convencerme de que nosotros teníamos que rechazar nuestros cargos en la Comisión; yo, para convencerles a ellos de que tenían el deber de aceptarlos si es que realmente querían servir a Cataluña y a la causa de su autonomía. La discusión no condu-

jo a ningún resultado. ¿Cómo podía alcanzarlo si los propósitos y finalidades de ellos nada tenían que ver con los propósitos y finalidades que yo perseguía?

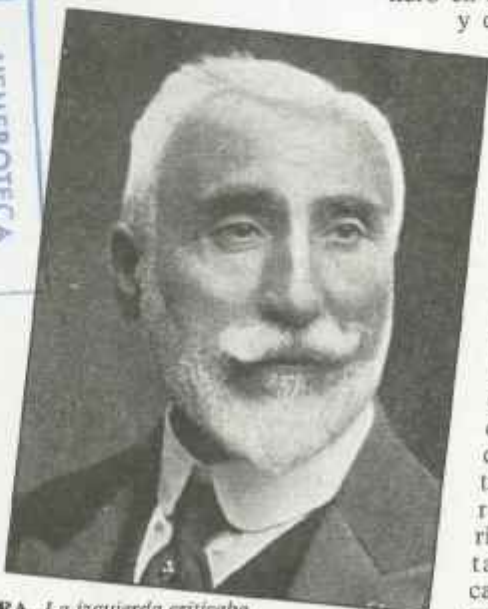
Con el recuerdo de las concesiones que habíamos te-



ALCALA ZAMORA. Su discurso encendió la tensión entre Cataluña y Castilla.



F. MERINO SANCHEZ  
HEMEROTECA



LARGO CABALLERO Y MAURA. La izquierda criticaba a Cambó, mientras la derecha contribuía a crear un clima anticatalanista.

nido que hacer a las izquierdas para mantener la unidad del movimiento durante la tramitación de la Asamblea de Parlamentarios, los hombres de la *Lliga* estábamos decididos a no ceder en aquella ocasión.

### Finalmente...

Yo pensé que, de la Comisión Extraparlamentaria, algo de provecho podía salir. Romanones siguió mi consejo y yo no tuve ocasión de arrepentirme de él.

### El proyecto de la Mancomunidad y el otro

Entonces, a fin de dar un sentido al movimiento pasional desencadenado en Cataluña y conservar su control, propuse que, mientras la Comisión extraparlamentaria elaboraba su Estatuto de Autonomía, se reuniera la Asamblea General de la Mancomunidad, con la colaboración de los parlamentarios de Cataluña, para elaborar el Estatuto de Cataluña tal como los catalanes lo queríamos, se sometiera después a plebiscito, y, caso de ser aceptado, en nombre del principio de autodeterminación que figuraba en uno de los puntos de Wilson, ¿se presentara al Parlamento español para que fuera sancionado!

La música era revolucionaria pero la letra, si bien se mira, era conservadora. El fijar una tarea a hacer, que duraría días, calmaba las pasiones y quitaba a las izquierdas la dirección, porque ellos no tenían capacidad para llevar una tarea constructiva. Y si al redactar un Estatuto de Autonomía de Cataluña llegábamos a un acuerdo todos los partidos catalanes, que fuera también aprobado por las izquierdas españolas, quedábamos cubiertos —¡hasta dónde es posible cubrirse en política!— de peticiones maximalistas insensatas que en el devenir formularan las izquierdas, con propósitos exclusivamente saboteadores de toda solución que no fuera a base de la República y la revolución social.

Inmediatamente de constituida, la Comisión extraparlamentaria se reunió. Se nombró Presidente a Antonio Maura y Secretario a Niceto Alcalá Zamora. Maura fue a ella con la inmensa buena fe de siempre y con el deseo de borrar los estragos que habían hecho unas palabras imprudentes de las cuales, al pronunciarlas, no midió las consecuencias. Como Maura era un gran trabajador, llevó a la Comisión una ponencia hija de todos sus trabajos sobre autonomía de municipios, provincias y regiones que, desde hacía mucho tiempo, la ocupaban. El contenido autonómico que había en la Ponencia Maura quedó muy reducido en los debates de la Comisión, en la cual estaban ausentes los vocales autonomistas, figurando en cambio los mayores adversarios de Cataluña y de la Autonomía, unos por honda convicción, otros por algún despecho o por el recuerdo de algún agravio. Entre ellos, Alcalá Zamora, el que el año 1932 tenía que traer a Cataluña el Estatuto de Autonomía, fue en 1919 uno de los que, con más eficacia, procuró reducir el alcance de la Ponencia Maura. Hay que recordar el hecho curioso que fue la Ponencia Maura la que puso en circulación

el nombre «Generalitat» al Gobierno autónomo de Cataluña, para enlazarlo con la tradición histórica. El día 14 de enero de 1919 la Comisión extraparlamentaria puso fin a su tarea y entregó al Gobierno las Bases del Estatuto Regional.

... ¿Quién llevaría la representación catalana en esta empresa casi temeraria? Entonces, como tantas veces había ocurrido en el periodo de Solidaridad Catalana, los que habían dado el mal paso pedían que fuera yo el que los sacara de él. Resistí tanto como pude, porque tenía plena conciencia del fracaso que acompañaría al esfuerzo. Fue, sin embargo, tan fuerte y tan unánime la insistencia que, al final, tuve la debilidad de ceder. A mí me tocó la misión desagradable de defender una causa perdida de antemano. Lo hice una y varias veces con el resultado negativo que era de esperar: todos los diputados catalanes y extremas izquierdas me aprobaron, pero el Gobierno y todos los partidos gubernamentales de España estaban enfrente.

El 28 de enero de 1919 yo planteaba al Congreso el problema catalán de una nueva manera: como un problema de voluntad abonado por el principio wilsoniano —entonces en el punto más alto de su prestigio— de la autodeterminación. Me aplaudieron los representantes catalanes, pero el resto de la Cámara, contenida por el tono sereno de mi discurso, se mostró netamente hostil.

Durante días se atacó nuestra pretensión y se entró al fondo del problema. Entonces, dejando el aspecto que podríamos llamar procesal, acepté la batalla en el terreno que se me planteaba y el 7 de febrero hice el mejor discurso parlamentario de mi vida, y creo, sinceramente, que la mejor defensa que se haya hecho en el Parlamento español de las aspiraciones catalanas. Constituyó un gran éxito personal, pero un gran fracaso

político. Y es que en política, como en la guerra, jamás un éxito táctico puede salvar una mala posición estratégica.

No era necesario hacerse ilusiones: la campaña proautonomía integral había fracasado en el Parlamento.

Desde aquel momento tuvo el propósito de prepararlo todo para utilizar otra vez el arma de la desobediencia civil que había utilizado en 1899, cuando el cierre de cajas, que tuvo un fracaso táctico, pero que nos proporcionó el inmenso triunfo estratégico de prepararnos la primera victoria electoral y la catalanización de toda la burguesía barcelonesa.

... Después de la huelga de la Canadiense, en que todo Cataluña sintió el escalofrío del peligro que había corrido, se inició una honda reacción conservadora. Dejó, simultáneamente, de hablarse de autonomía catalana tanto en Madrid como en Barcelona, y en Cataluña empezaron a adquirir fuerza y a recoger adeptos los elementos de Unión Monárquica Nacional.

Comprendí que durante un periodo no tenía papel ni en la política general ni en la política catalana. Tenía que dejar pasar un tiempo para que se borrara la impresión de un fracaso político en el cual nadie ponderaba el contrapeso del inmenso servicio social que yo había hecho a Cataluña.



CATALUÑA. Cambó quiso normalizar las relaciones con Madrid.